

## **Las tramas ocultas de la violencia colectiva**

Reseña de: Javier Auyero, *La zona gris. Violencia colectiva y política partidaria en la Argentina contemporánea*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.

*Victoria D'Amico*

CIC - CISH

Los episodios de diciembre de 2001 indudablemente marcaron rupturas, pero también continuidades en la sociedad argentina. Diversos trabajos han orientado su análisis a indagar acerca de los actores colectivos que surgieron entonces y las formas de protesta que se activaron, entre los que se destacan movimientos asamblearios, protestas por el «corralito» y rearticulaciones en las demandas de organizaciones de desocupados y sindicatos.<sup>1</sup> Sin embargo, los episodios de saqueos que se sucedieron, previos a los acontecimientos del 19 y 20 de diciembre, en diferentes puntos del país fueron relegados como objetos de análisis por las ciencias sociales, y sólo tematizados por los medios de comunicación y por estudios que privilegiaron explicaciones «espasmódicas» de los sucesos.

El trabajo de Javier Auyero se ocupa explícitamente de ese vacío. Recupera perspectivas teóricas como las de E. P. Thompson, Charles Tilly y Sidney Tarrow para debatir con las miradas predominantes, y se constituye en la primera reconstrucción, desde una perspectiva sociológica, de los saqueos ocurridos en nuestro país entre el 14 y el 22 de diciembre de 2001.

---

<sup>1</sup> Ver, por ejemplo, Battistini (coord.), 2002.

A lo largo del libro, el autor discurre entre dos objetivos que dan cuenta de diferentes niveles de análisis. Por un lado, reconstruye los episodios de saqueos también denominados «disturbios por alimentos» y analiza las dinámicas internas y significados que los caracterizaron. Para ello, retoma los interrogantes de la teoría de la acción colectiva (Tarrow, 1997) y se pregunta acerca del «cómo» de los hechos para dar cuenta del «porqué». Por otro, inscribe el trabajo en una problemática de mayor alcance: a través del estudio de los saqueos desde una «perspectiva beligerante» (Auyero, 2007: 22), propone observar la dinámica política de la violencia colectiva.

Este doble propósito planteado por el autor se vincula a su vez con el objetivo general que sostiene el libro, orientado a «integrar la violencia colectiva ‘extraordinaria’ en el estudio de la ‘normalidad’ política» (p. 54). En efecto, para Auyero, la relevancia de un análisis de la política que integre lo normal y lo extraordinario se sostiene en la *continuidad* existente entre la política partidaria habitual y los momentos de violencia extraordinaria, continuidad que se hace visible en los espacios de intersección entre vida cotidiana, política partidaria y violencia colectiva.

Para denominar esos espacios de intersección en los que lo rutinario y lo extraordinario de la política convergen, Auyero utiliza la categoría de «zona gris» que retoma de Primo Levi, caracterizada como «un grupo de relaciones clandestinas entre punteros políticos, fuerzas represivas y vecinos» (p. 74). La «zona gris» deviene, entonces, en el área a la vez empírica y analítica que se constituye como objeto de análisis relevante a lo largo de la investigación. Su hipótesis es que las conexiones ocultas y clandestinas que en ella tienen lugar son importantes tanto en la política partidaria habitual como en las formas extraordinarias que adopta.

Basándose tanto en investigación de archivo como en un extenso trabajo de campo que incluye entrevistas a múltiples actores (propietarios de negocios, empleados, punteros, activistas políticos, residentes que participaron o no de los saqueos), el autor avanza sobre el objetivo empírico propuesto reconstruyendo cómo fueron posibles los episodios de saqueos en dos barrios del conurbano bonaerense, La Matanza y Moreno.

La sistematización cuantitativa de información acerca de los hechos le permite reconocer ciertas regularidades que dan cuenta de la manera organizada en que se produjeron los saqueos y refutar de ese modo la explicación de una acción violenta espontánea meramente «reactiva» frente a una situación de hambre: las acciones fueron coordinadas, al igual que elegidos los puntos que serían

saqueados; los supermercados pequeños sufrieron más daños que los hipermercados, independientemente del número de saqueadores; los saqueadores se enteraron de los saqueos por diferentes medios (otros vecinos, volantes, medios de comunicación, punteros del justicialismo); hubo presencia de punteros en aquellos lugares donde no hubo presencia policial, e incluso la circulación de rumores por parte de la policía aparece como parte del espiral de señales que activó y que dio por finalizada la violencia colectiva. Si bien, entonces, el hambre se constituyó sin duda en uno de los elementos que posibilitaron los saqueos, por sí sola no da cuenta de la forma y trayectoria que los acontecimientos tomaron.

A partir de esta reconstrucción, el interés del autor se centra en indagar los tipos de interacciones que tuvieron lugar entre los diversos actores participantes de los saqueos y en reconocer cuáles de esas relaciones se tornan relevantes para comprender la estructura de oportunidades que los hizo posibles. Y son particularmente las interacciones enmarcadas en la *zona gris* de la política las que adquieren un papel fundamental para comprender cómo se llevaron a cabo los saqueos, en tanto esas conexiones ocultas dan forma y distribuyen geográficamente las acciones violentas.

Las interacciones entre el comportamiento de la policía provincial, la aprobación tácita que las autoridades dieron a los primeros saqueos, y la continuada difusión de información por parte de los punteros, crearon la oportunidad de saquear. (p. 160)

Auyero propone una explicación de los hechos basada en tramas de relaciones sociales y no en actores individualmente motivados: es la forma específica que adoptan las interacciones entre los diferentes actores la que produce la apertura de oportunidades para el saqueo. Observar las interacciones comporta un correlato metodológico que va más allá de los análisis habituales sobre acción colectiva: es necesario, plantea el autor, indagar no sólo los vínculos horizontales entre los actores denominados «insurgentes» (quiénes actúan y cómo se vinculan entre ellos), sino también los vínculos verticales, es decir, aquellos que se dan entre insurgentes y autoridades, actores que aparecen mezclados en los episodios de saqueo.

Al centrarse en «las bases relacionales de la violencia colectiva» (p. 193), el trabajo corre la atención de la especificidad de los saqueos y le permite al autor reintroducir temáticas trabajadas por él mismo con anterioridad. En efecto, para

dar cuenta del lugar que lo clandestino que asocia a su vez a lo no institucional, a lo oculto ocupa en la política partidaria habitual, Auyero retoma sus propios estudios acerca de los vínculos clientelares en el conurbano bonaerense.<sup>2</sup>

El clientelismo (como práctica habitual vinculada a la política partidaria) y los saqueos (como episodios de violencia extraordinaria) aparecen, entonces, imbricados, en la medida en que constituyen dos caras de un mismo fenómeno: las conexiones ocultas y clandestinas como base relacional de la política. Los vínculos que dirigentes políticos y vecinos establecen para la resolución cotidiana de problemas también organizan las acciones en un contexto de violencia extraordinaria, tal como el de los saqueos. El puntero, señala claramente Auyero, es una figura preponderante tanto en el funcionamiento «normal» de los partidos políticos en Argentina como en el contexto extraordinario de los saqueos.

Además de la recuperación retrospectiva de los trabajos ya realizados para integrarlos en este enfoque más amplio, el libro avanza sobre otras líneas teóricas y les incorpora nuevos matices. Así, retoma la idea de Tilly (2007) acerca de que, en un episodio de violencia colectiva, no pueden marcarse diferencias claras entre las «fuerzas del orden» y los «insurgentes». Como se vio anteriormente, Auyero afirma que los diferentes actores no pueden pensarse como entidades cerradas y ubicadas en un solo lugar, sino que y ahí cobra fuerza la idea de zona gris nos encontramos ante episodios en los cuales, por ejemplo, los agentes del Estado, dirigentes políticos y la policía participan, por acción u omisión, de los actos de violencia. Si las interacciones entre actores son su objeto de análisis, el lugar de los dirigentes políticos como activadores del saqueo es una preocupación central del texto.

Pero el trabajo no sólo se interroga por la difusividad de las relaciones entre actores, sino que da relevancia a un sentido específico en que ocurre esa «permeabilidad». El autor introduce así una dimensión normativa al análisis: el lugar de los dirigentes políticos como franqueadores de límites (en el momento de ingresar en relaciones clandestinas) frente a su «deber ser» en una acción violenta. La idea de *zona gris* enfatiza el hecho de que son los dirigentes políticos activistas de partido y agentes estatales los que pueden aceptar, e incluso incentivar, la violencia colectiva «borroneando las líneas entre la política institucional y la no institucionalizada, haciendo que la segunda parezca ser sólo un modo de la primera» (p. 42).

---

<sup>2</sup> Ver Auyero (2001).

Por último, y vinculado con lo anterior, Auyero realiza un cuestionamiento político de las consecuencias que las prácticas clandestinas tienen para el funcionamiento del sistema democrático institucional. Si bien en su definición de violencia colectiva Tilly excluye del análisis «los efectos a largo plazo o indirectos de procesos dañinos» (2007: 4), en el texto de Auyero la «zona gris» como área de análisis de la violencia política pone en el centro de la crítica los efectos desestabilizadores que a mediano-largo plazo esos vínculos ocultos y no institucionales conllevan para el sistema institucional democrático.

Si el estudio de los saqueos le permitió reconocer el poder del Partido Justicialista y de las fuerzas represivas como actores capaces de alterar la vida institucional (si no a través de una acción violenta directa, sí mediante el rumor como «espiral de señales» que contribuyó tanto a activar como a finalizar la violencia colectiva), en las conclusiones el autor se interroga (y nos interroga como lectores) acerca de quiénes tienen hoy poder para activar esa *zona gris* y alterar la vida institucional democrática en nuestro país.

A modo de síntesis, el texto se caracteriza por la riqueza del material empírico que elabora, en la medida en que triangula de manera creativa datos cuantitativos que permiten reconstruir las regularidades de los saqueos con relatos que dan cuenta de las tramas de relaciones que subyacen a dichos episodios. El libro se vuelve, así, un referente insoslayable para los estudios que se realicen acerca de los saqueos, pero, además, tiene la potencialidad de abrir una perspectiva interesante y productiva para pensar procesos políticos cotidianos y dar cuenta de la manera en que lo normal y lo extraordinario de la política se interrelacionan.

No obstante, cabe destacar la ambigüedad acerca de la noción de *zona gris* que da título al libro. La *zona gris* como elemento que «permite entender la política popular en general» (p. 194) por momentos admite un uso problemático, en tanto pierde su carácter distintivo y la mayoría de las relaciones parecerían encuadrarse allí. Quedaría así abierto el interrogante de si esto es producto de una sobreutilización del concepto que lo hace «aparecer en todos lados», o si, en la medida en que en nuestra sociedad lo institucional se trastoca y está permeado por lazos de clandestinidad, nos encontramos casi indefectiblemente sumergidos en ella.

## Bibliografía

- Auyero, Javier (2001), *La política de los pobres*, Buenos Aires, Manantial.
- Battistini, Osvaldo (coord.) (2002), *La atmósfera incandescente: Escritos políticos sobre la Argentina movilizada*, Buenos Aires, Asociación Trabajo y Sociedad.
- Tarrow, Sidney (1997), *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid, Alianza Universitaria.
- Tilly, Charles (2007), *Violencia colectiva*, Barcelona, Editorial Hacer.